



OQUEDAD

Gerardo Zúniga

© UNAN-Managua

Recibido: agosto 2017

Aprobado: octubre 2017



Un muchacho cierra un sobre con su saliva y lo deja sobre su cama, otro muchacho se fuma un cigarro y lo arroja al piso, el muchacho del sobre mira por la ventada y piensa en lo que amó en vida, el muchacho del cigarro, mirada al suelo, siente que las penas conquistaron el tiempo.

Un muchacho estruja la foto de una muchacha, la aprisiona con fuerza para estropearla, otro muchacho pone un disco que le recuerda a una muchacha, la escucha muy bajo, sólo para él, el muchacho del disco piensa en lo linda que es la voz de la muchacha, el muchacho de la foto piensa que no es digno de aquella belleza.

El muchacho que fue el primero antes, escribe un soneto perdiendo letras líquidas, el otro muchacho que es segundo escribe una prosema encontrando palabras coaguladas. Ambos son sobre la dueña de su incondición de hombres, la que fue propietaria de los ojos de uno y de los brazos del otro, por la que uno sufre su libertad y el otro goza su esplendor.

Ambos salen a la misma hora y al mismo lugar, conocen el punto de la reunión, lo saben como plegaria; en el pozo a las 5pm del 23 de **** pensaron que esa hora era la mejor, donde no es ni día ni noche en el centro del mundo, donde el cielo es rojo y agrio. De frente el uno del otro, uno puñal en mano el otro manos abiertas.

Un cuerpo golpea las aguas tranquilas y pútridas del pozo, y le convida el color de la tarde al pedazo de cielo subterráneo. Él no quiso recluir a la flor, no era suya pero la quería sólo para él, entonces la lepra lo carcomía al saberla lejos de él. Sólo salió un muchacho del campo esa tarde, un muchacho había entrado solo aquella tarde.

CONTRA LA VÍA

Las calles, sean como sean son un sinsentido; él caminaba sin rumbo, con sus ojos umbríos, grisáceos, de tanto ver mujeres grises, que lo bañaban de la plomiza coloratura de sus cabezas vertidas lenta y tortuosamente por su boca, pero en una esquina, casi por accidente, Hele nacarada pero gris como las demás, una mujer de cabeza tornasol, lo ha visto con el rabillo pero sigue su paso, con tal de sentir el arco del cielo de su mollera, la sigue; pasó entre abrojos, hambre, pampas, ciénagas, sueño... hasta que se hubo sentado en una banca líquida con ella, vio sus grandes ojos y su nariz pequeña, sabía que los hombres eran de marte y las mujeres de venus pero eran sólo las mujeres bicolores, en cambio está tenía el color del mundo sobre sus cejas y fue ese color fue el que desgastó al hombre entre ciénagas y abrojos, entre sueño y hambre, para caer a los pies, de la mujer que no era Venus, sino Minerva, entonces recordó que los hombres eran Marte y que prefería tener dos palabras a mil letras de muerte. Entonces se volvió lechuza y se fue... desde entonces llevo siempre mi rifle al hombro por las calles.